LIBRO DE LOS SALMOS.

Es este divino libro una preciosísima coleccion de himnos y canciones sagradas, con las cuales la antigua Iglesia del pueblo de Dios acostumbraba cantar las alabanzas del Señor, tributarle gracias por los beneficios ya recibidos, implorar su misericordia en las necesidades, ensalzar la santidad de la Ley de Dios para encender los corazones de todos en su amor, ó finalmente hacer memoria de las obras grandes del Señor, y en particular de los prodigios de su amorosa y paternal providencia ácia el pueblo de Israél.

Fue antiquísima costumbre entre los hebreos el trasmitir á la posteridad por medio de cantares la memoria de los grandes sucesos; cantares que, con la dulce armonía del verso y el aliciente del estilo poético, se aprendian fácilmente desde la mas tierna edad, y eran por eso un medio seguro y cómodo para conservar el depósito de la historia de la nacion: medio conocido tambien y usado por otros pueblos de la tierra.

Mas en el pueblo de Dios, cuyos monumentos históricos son muchísimo mas antiguos que los de cualquiera otra nacion del mundo, la poesía fue consagrada ya desde su principio únicamente á su verdadero y justo objeto, esto es, á las alabanzas del Señor, y al servicio de la religion y de la virtud. Por otra parte los himnos ó cantares fueron siempre compuestos por varones, no solamente ilustres por sus talentos y hechos, sino tambien animados del espíritu de Dios, el cual les dictó aquellas composiciones; y por lo mismo fueron siempre veneradas como parte del sagrado tesoro de las divinas Escrituras, conteniendo ademas de los sucesos memorables, preciosos documentos de piedad, é insignes profecías de lo venidero. En el libro del Exodo[1] se ve el admirable cántico sobre el paso del Mar rojo; y en el Deuteronomio,[2] aquel en que Moysés dió al pueblo un compendio de toda la Ley, vaticinando el estado del pueblo en el porvenir, segun que observase ó no la misma Ley. En Judith[3] hemos visto una insigne profetisa, que con un sublime cántico describe el triunfo que consiguió sobre el soberbio Holoférnes, alabando á Dios y publicándole autor de la empresa. Los libros de Moysés están llenos de vestigios de semejantes poesías en los mas remotos tiempos; como tambien en los posteriores los libros de los Profetas y los del Nuevo Testamento.

ARPAS ANTIGUAS.

Pero el santo rey David recibió de Dios el singular don de componer un gran número de estos cantares: que por eso es llamado el insigne cantor de Israél; y cantor inspirado de Dios, pues por mí (dice) habló el espíritu del Señor, y la palabra de Dios estuvo sobre mi lengua:[4] por cuya razon los adoptó para su uso la Synagoga. Así leemos que en la dedicacion del Templo de Salomon cantaban los levitas al son de sus instrumentos los himnos del Señor, hechos en su alabanza por el rey David.[5] En la restauracion del culto de Dios mandó lo mismo el rey Ezechías.[6] Finalmente, despues de la cautividad de Babylonia vemos á los levitas cantando las alabanzas de Dios con los Salmos de David, rey de Israél.[7]

Ciento y cincuenta son los salmos que contiene la coleccion trasmitida por la Synagoga á la Iglesia cristiana; los cuales, á lo ménos la mayor parte, nadie niega que tienen á David por autor. No se guardó, al reunirlos en un volúmen, ningun órden chronológico; pues se ven muy al principio salmos compuestos ya en la vejez de David, cuando la conjuracion de Absalom, como el III y otros, y al fin del LXXI se indica ser el último que David compuso.

Aunque los títulos ó inscripciones que tienen los salmos son tambien de autoridad canónica, especialmente los que se han leido siempre en el texto hebreo, y en las versiones mas célebres; hay otros de cuya autoridad dudan muchos, porque ni se leen en el texto original, ni han sido reconocidos por los Padres de la Iglesia. Trata este punto difusamente el sábio P. D. Calmet en su disertacion sobre los tales títulos. Mas como dice un piadoso y crítico expositor, el cardenal Belarmino, mas bien que de intérprete necesitan de adivino. Convienen todos en que los salmos fueron compuestos en verso, y en verso propio para cantar; pero no se sabe qué especies de versos fueron, y mucho ménos la música que servia para acompañar dicho canto, y que se señalaba en el título del salmo. Clemente Alejandrino, diligentísimo investigador de las memorias antiguas, nos asegura que la música sagrada del pueblo hebreo era séria y magestuosa, y digna de aquel Señor que quiere ser servido con un santo temor y temblor, como enseña el mismo real Profeta, salm. II. v. 11. Todo lo cual indica la especie de música que puede admitirse en los templos de los cristianos; quienes hacen profesion de adorar al Padre en espíritu y verdad.[8]

El argumento de los salmos es tan vario y fecundo en ideas, que podemos decir que se contienen en el salterio todas las preciosas verdades de la Religion, que se hallan esparcidas en los otros Libros sagrados. Porque, como dice san Ambrosio en su prefacio sobre los Salmos: "Cuanto se enseña en la Ley, cuanto leemos en la historia sagrada, cuanto anuncian los Profetas, y cuantas instrucciones, avisos y correcciones se hallan en la moral, otro tanto se encuentra en los Salmos. Por esta razon cuando los leo, registro en ellos todos los misterios de nuestra santa Religion, y todo lo que vaticinaron los Profetas: veo y reconozco la gracia de las revelaciones, los testimonios de la resurreccion de Jesu-Christo, los premios y castigos de la otra vida: y aprendo á confundirme y avergonzarme de mis pecados, y á detestarlos y evitarlos enteramente. El ejemplo de un rey y Profeta tan grande me sirve de modelo, para que procure arrepentirme muy de corazon de todos ellos, llorarlos con amargas lágrimas, y precaverme en adelante para no volver á cometerlos."

Es necesario advertir aquí que á veces la version latina Vulgata de los Salmos discrepa en alguna palabra del texto hebreo ó griego. Pero por poco que se reflexione, se ve que comunmente una y otra leccion van á parar á un mismo significado; y cuando esto no sucede así, proviene de que la voz hebrea tiene varias significaciones, una de las cuales han seguido los Setenta intérpretes en la version griega, y otras diferentes versiones antiguas. Es bien sabido que un texto de la sagrada Escritura tiene á veces dos ó mas interpretaciones: que tal es la riqueza de la palabra divina, que suele tener muchos, pero no contrarios sentidos, como explican los santos Padres. Esta variedad de sentidos no trae inconveniente alguno; antes, como observa san Agustin, aumenta los conocimientos, cuando los lectores no son negligentes.

Para leer con fruto los Salmos, dice el mismo santo Padre, es necesario procurar revestirse de los sentimientos y afectos del real

[1] Exod. c. XV. v. 1. [2] Deut. c. XXXII. [3] Judith c. XVI.
[4] 2 Reg. XXIII. v. 1. [5] 2 Paral. VII. v. 6.
[6] 2 Paral. XXIX. v. 30. [7] 1 Esd. III. v. 10.
[8] Joann. IV. v. 23.

DAVID ADORANDO AL SEÑOR.

Profeta: Si el salmo gime, gime tú tambien con él: si el salmo entona las alabanzas de Dios, cántalas tú tambien. Así como el que se acerca á un gran fuego, no puede dejar de sentir el ardor: así el que aplica seriamente su atencion á estos divinos cánticos, llenos de un celestial fuego, es imposible que deje de abrasarse su corazon en santos y piadosos afectos. Son notables las palabras con que san Agustin cuenta lo que le sucedia, cuando, todavía catecúmeno, se preparaba para recibir el bautismo. "¡Oh! y qué voces (dice) alzaba ácia tí, oh Dios mio, al leer los Salmos de David, aquellos cánticos que tan fielmente expresan la verdadera piedad, y arrojan del corazon toda suerte de orgullo! ¡Qué expresiones te dirigia yo á tí, oh Dios, con aquellos Salmos! Y cómo me abrasaba con ellos de amor ácia tí, y deseaba ardientemente el recitarlos, si posible me fuese, por todo el mundo, contra la soberbia vanidad del género humano. . . . Hubiera querido que los enemigos de la piedad se hubiesen hallado cerca de mí, escuchándome, sin advertirlo yo, mirándome al rostro, y oyendo mis voces cuando leia el salmo cuarto, para que conociesen el efecto que en mí produjo el verso aquel: Oyóme Dios, que es mi justicia, cuando le invoqué. Ten misericordia de mí, y escucha benigno mi oracion. Apoderóse de mí un espantoso temor: mas al momento se encendió en mí la esperanza, y salté de gozo, oh Padre, confiado en tu misericordia. Y todos estos afectos se me salian por los ojos y por la boca, cuando tu Espíritu de bondad, dirigiéndose á nosotros añade: Oh hijos del hombre, ¿hasta cuándo seréis de corazon estúpido? ¿Por qué amais la vanidad, y andais tras de la mentira?" (Conf. IX. cap. 4.)

Este bello ejemplo de san Agustin demuestra muy claramente cómo una alma fiel aprende con las palabras y afectos de David á adorar á Dios, y á implorar su misericordia; á detestar la ingratitud y culpas pasadas, y esperar de este modo el perdon; á bendecirle y darle gracias; á pedir su amparo; á avivar en sí la fe, la esperanza, y el amor; y en fin á orar con el espíritu, como enseña el Apóstol. Tales afectos inspira la atenta lectura y meditacion de los Salmos al corazon del cristiano. Y á pesar de que ha desaparecido gran parte de la belleza y sublimidad del lenguage, y del número ó armonía de voces que tanto brillan en el texto original hebreo; con todo quedan aun muchos pasages que arrebatan el ánimo de todos los lectores.

LIBRO
DE LOS PROVERBIOS DE SALOMON.

El libro de los Proverbios es el primero de los cinco de la sagrada Escritura que comunmente se llaman sapienciales, porque nos instruyen en la ciencia mas importante, que es la de las buenas costumbres. Este libro, el Ecclesiastés, y el Cantar de Cantares tienen indubitablemente por autor á Salomon; y juntamente con los otros dos, que son la Sabiduría y el Ecclesiástico, han sido reconocidos siempre por la Iglesia católica como sagrados y canónicos. Los Proverbios, como observó S. Basilio, contienen documentos para arreglar nuestra vida, y nos dicen en brevísimas sentencias todo lo que debemos hacer ó evitar. Inexhausto tesoro llama S. Gerónimo á este libro; pues hallamos reunidas en él las reglas seguras de moral, de sana política, y buena economía para toda clase de personas. Jóvenes y ancianos, ricos y pobres, amos y criados, padres é hijos, maridos y mugeres, magistrados, reyes, todos hallan en los Proverbios lecciones de sabiduría, acomodadas á su estado y á su capacidad. Así es que los Padres griegos llaman á este libro el πανάρετος, como quien dice, el códice ó libro de todas las virtudes.

En dos partes puede dividirse este libro. Desde el capítulo I hasta el IX contiene una bellísima y eficacísima exhortacion á la sabiduría: y despues desde el capítulo IX hasta el fin los documentos de la misma. En la Vulgata se hallan algunas pocas sentencias, que vienen del texto griego de los Setenta, del cual han sido ingeridas en la version de S. Gerónimo: por eso no van señaladas con número; aunque, recibidas por la Iglesia, pertenecen, como las otras, al sagrado depósito de la Escritura.

En el libro III de los Reyes, capítulo IV. v. 32, se dice de Salomon que compuso tres mil parábolas. Reunidas muchas de ellas en un volúmen por el mismo Salomon, y recogidas otras de los demas libros suyos, por órden del rey Ezechias (cap. XXV. v. 1), se formaria este sumario. Las variantes que ofrecen las versiones antiguas, segun observa el Ilmo. Sr. Bossuet en su prólogo á los Proverbios, teniendo á su favor la autoridad, aprobacion y uso de la antigüedad y de los Padres, pueden servirnos de mucho provecho; pues nos presentan diversas y excelentes sentencias, muy acomodadas á las reglas de la fé; sentencias que, sin el menor perjuicio del sentido principal, sirven para hacer mas recomendable la abundancia y fecundidad de las divinas Escrituras.

LIBRO DEL ECCLESIASTES.

Llamaron los griegos Ἐκκλησιαστής Ecclesiastés, nombre que significa Predicador, á este libro de la sagrada Escritura, llamado entre los hebreos קהלת Cohéleth, terminacion femenina, que significa predicadora; porque en él la divina Sabiduría predica contra la vanidad y fragilidad de las cosas humanas, para que los hombres aprendan á gobernarse sábiamente mientras viven en este mundo, y sepan enderezar sus pasos ácia la eterna bienaventuranza.

La mayor parte de los sabios le atribuye á Salomon, por llamarse su autor hijo de David y rey de Jerusalem, y porque varios pasages de este libro solo pueden aplicarse á Salomon. Grocio opinó que es obra de algunos escritores posteriores á Salomon, los cuales se lo atribuyeron á este: y no alega otra razon que la de encontrarse en este libro algunas voces que solamente se hallan en Daniel, en Esdras y en las Paráfrases châldaicas; como si el sabio Salomon no hubiese podido tener conocimiento del châldeo. Tambien en el libro de Job hay muchas voces derivadas del árabe, del châldeo y del syriaco. Segun otros, en el libro del Ecclesiastés se habla con demasiada claridad del juicio de Dios, de la vida venidera, y de las penas del infierno; y de aquí nacen las dudas, que procuran avivar varios impíos, sobre el tiempo y autor de él; sin reflexionar que esas mismas verdades se hallan claramente expresadas en los libros de Job, de los Salmos, y aun en los del Pentateuchó, ciertamente anteriores á Salomon.

Al contrario, algunos antiguos hereges, y modernos incrédulos, han dicho que el Ecclesiastés habia sido compuesto por un impío, por un saduceo, por un epicúreo, ó por un pyrrhónico, que no creian en la vida futura. La iniquidad se desmiente á sí misma, dice el Señor por su Profeta. Aquel que, despues de haber hecho una larga enumeracion de los bienes y placeres de este mundo, saca por conclusion que todo es pura vanidad y afliccion de espíritu, ¿puede contarse entre los epicúreos antiguos ó modernos? Porque un escritor raciocina consigo mismo, y propone dudas, no por eso ha de ser pyrrhónico; sobre todo cuando él mismo manifiesta la solucion de ellas. Pues esto es lo que hace el autor del Ecclesiastés; como se advertirá en varias de las notas que se han puesto al pié de algunos textos.

EL CANTAR DE CANTARES.

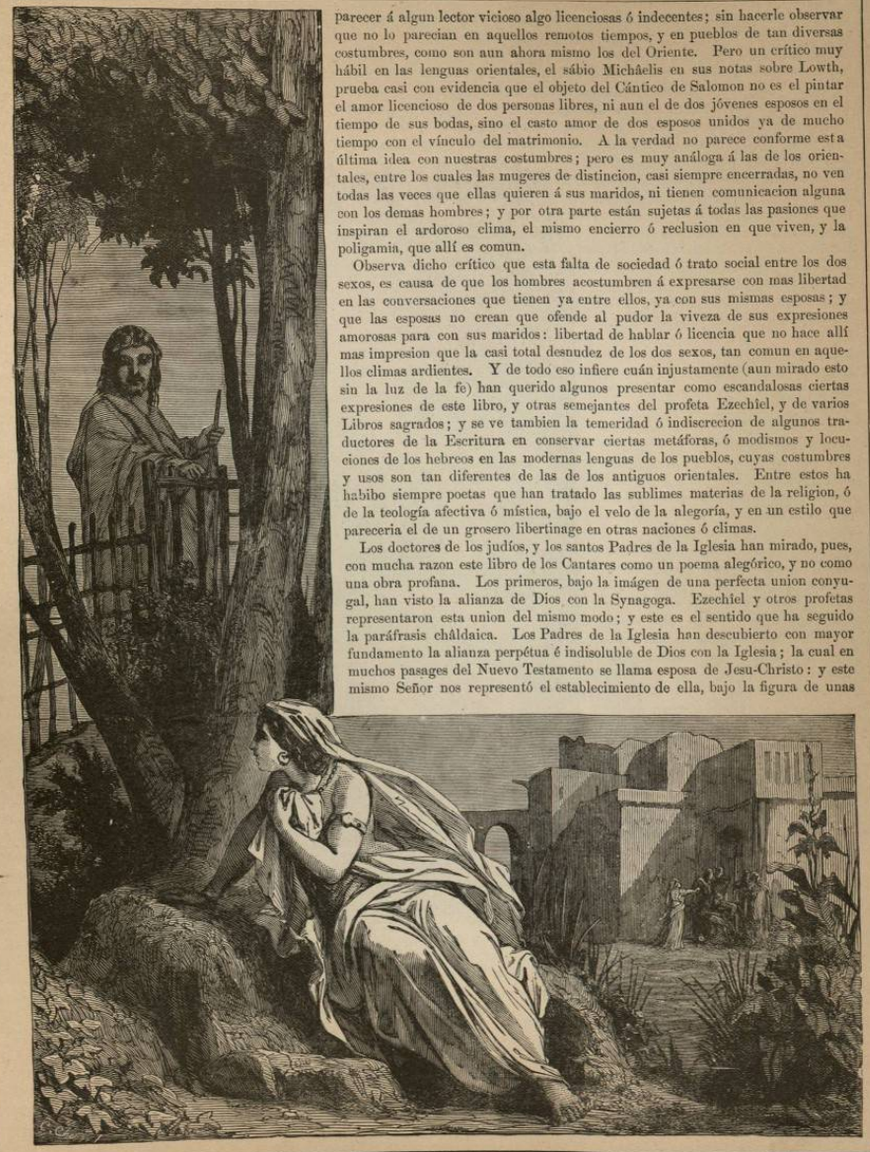
El Cantar de Cantares, llamado así por los hebreos para expresar su excelencia,[1] se atribuye á Salomon; cuyo nombre lleva en el texto hebreo y en la antigua version griega. La Escritura dice[2] que Salomon compuso muchos cantares, así como lo dice tambien de David, y el nombre de Salomon se encuentra en muchos pasages del libro de los Cánticos ó Cantares, de que tratamos. La Iglesia en el Oficio eclesiástico le cita en número plural, Cantica canticorum, tal vez para denotar que es un conjunto de siete cantares, que á manera de diálogos poéticos se cantaban en los siete dias de las bodas. Cada uno de estos cantares incluye su accion ó suceso propio, aunque todos forman un mismo epitalámio en la letra, y unos mismos misterios en el sentido espiritual.

Al examinar algunos, con la sola luz natural, el sentido literal ó gramatical de este libro, le han creido puramente profano, y hecho únicamente por Salomon para celebrar sus amores con la hija del rey Pharaon, la mas querida de sus esposas. Tal fue el sentir del herege Teodoro de Mopsuesta en el siglo IV, que han abrazado los anabaptistas, y algunos impíos de los últimos siglos.

El sabio y piadoso obispo señor Bossuet, y otros expositores[3] dicen que este libro es un epitalámio, esto es un poema que se hizo para ser cantado en los siete dias que duraba entre los judíos la celebracion de las bodas, como vemos en la Escritura[4] que duraron las de Jacob, de Samson, de Tobías, etc. En estos siete dias los novios estaban acompañados, de dia y de noche, de cierto número de jóvenes de su sexo y edad, que se les destinaban para su obsequio, y se llamaban amigos del esposo; de que se hace mencion repetidas veces en las Escrituras. Durante estos dias los recien desposados no se veían sino raras veces, y con mucha ceremonia. Y estas vistas de Salomon con su esposa en los siete primeros dias, ó siete noches, de las bodas, bajo diferentes formas ó representaciones, hacen el objeto histórico de estos ocho capítulos ó Cantares; cuya distribucion en siete diálogos, ó entrevistas de los esposos, explica el citado señor Bossuet.

Algunos protestantes, y sobre todo un famoso incrédulo del siglo pasado, han traducido tan maliciosamente este libro, como si hubiesen querido alarmar á todo lector honesto y piadoso, llamando siempre su atencion á aquellas expresiones, que á primera vista pueden

[1] Véase Hebraismos.
[2] 3 Reg. IV. v. 32.
[3] Comm. in Cant. Lowth. De sacra poesi hebr. præl. 30 et 31, etc.
[4] Gen. XXIX. v. 27 y 28.—Judic. XIV. v. 12.—Tob. XI. v. 21.



parecer á algun lector vicioso algo licenciosas ó indecentes; sin hacerle observar que no lo parecian en aquellos remotos tiempos, y en pueblos de tan diversas costumbres, como son aun ahora mismo los del Oriente. Pero un crítico muy hábil en las lenguas orientales, el sábio Michâelis en sus notas sobre Lowth, prueba casi con evidencia que el objeto del Cántico de Salomon no es el pintar el amor licencioso de dos personas libres, ni aun el de dos jóvenes esposos en el tiempo de sus bodas, sino el casto amor de dos esposos unidos ya de mucho tiempo con el vínculo del matrimonio. A la verdad no parece conforme esta última idea con nuestras costumbres; pero es muy análoga á las de los orientales, entre los cuales las mugeres de distincion, casi siempre encerradas, no ven todas las veces que ellas quieren á sus maridos, ni tienen comunicacion alguna con los demas hombres; y por otra parte están sujetas á todas las pasiones que inspiran el ardoroso clima, el mismo encierro ó reclusion en que viven, y la poligamia, que allí es comun.

Observa dicho crítico que esta falta de sociedad ó trato social entre los dos sexos, es causa de que los hombres acostumbren á expresarse con mas libertad en las conversaciones que tienen ya entre ellos, ya con sus mismas esposas; y que las esposas no crean que ofende al pudor la viveza de sus expresiones amorosas para con sus maridos: libertad de hablar ó licencia que no hace allí mas impresion que la casi total desnudez de los dos sexos, tan comun en aquellos climas ardientes. Y de todo eso infiere cuán injustamente (aun mirado esto sin la luz de la fe) han querido algunos presentar como escandalosas ciertas expresiones de este libro, y otras semejantes del profeta Ezechiel, y de varios Libros sagrados; y se ve tambien la temeridad ó indiscrecion de algunos traductores de la Escritura en conservar ciertas metáforas, ó modismos y locuciones de los hebreos en las modernas lenguas de los pueblos, cuyas costumbres y usos son tan diferentes de las de los antiguos orientales. Entre estos ha habido siempre poetas que han tratado las sublimes materias de la religion, ó de la teología afectiva ó mística, bajo el velo de la alegoría, y en un estilo que pareceria el de un grosero libertinage en otras naciones ó climas.

Los doctores de los judíos, y los santos Padres de la Iglesia han mirado, pues, con mucha razon este libro de los Cantares como un poema alegórico, y no como una obra profana. Los primeros, bajo la imágen de una perfecta union conyugal, han visto la alianza de Dios con la Synagoga. Ezechiel y otros profetas representaron esta union del mismo modo; y este es el sentido que ha seguido la paráfrasis châldaica. Los Padres de la Iglesia han descubierto con mayor fundamento la alianza perpétua é indisoluble de Dios con la Iglesia; la cual en muchos pasages del Nuevo Testamento se llama esposa de Jesu-Christo: y este mismo Señor nos representó el establecimiento de ella, bajo la figura de unas

bodas.[1] Solamente entendidos los Cantares de Salomon en este sentido, usa la Iglesia de ellos en el Oficio divino, y aun esto con todas las precauciones necesarias; y de aquí es que sus ministros y los fieles cristianos acostumbrados á no ver en este libro sagrado sino un sentido espiritual y alegórico, están bien libres de toda idea profana, contraria á la pureza y á la piedad.[2]

Son muy débiles las objeciones que se han hecho contra la divinidad de este libro. Dícese que no se halla citado en el Nuevo Testamento, ni se encuentra en él el nombre de Dios. Pero otros libros hay del Viejo Testamento que tampoco se hallan citados en el Nuevo; y si el nombre de Dios no se lee expresamente, es porque todo su objeto es el mismo Dios. Por lo mismo que no debe leerse este libro con ideas profanas, tampoco debe reprenderse á aquellos que se forman una leccion de piedad en cada capítulo de este libro. No nos le ha dado Dios para aumentar conocimientos de mera curiosidad, sino para excitarnos á la virtud. Así es como san Pablo nos dice que hemos de mirar las sagradas Escrituras. Toda escritura divinamente inspirada (nos dice) es propia para enseñar, para convencer, para corregir, para dirigir en la justicia ó virtud, para que el hombre de Dios sea perfecto, y esté apercibido para toda obra buena.[3] De poco nos serviria el Cántico de Salomon si nos ciñésemos al sentido que parece mas literal. Debemos pues tener siempre presente que la mística y espiritual union de Jesu-Christo con su Iglesia, y con las almas, que están unidas con él, no como quiera, sino con los mas estrechos lazos de una viva, perfecta y encendida caridad, son el objeto principal de este divino Cantar; y por eso cuanto las almas están mas íntimamente unidas con su Dios, y de consiguiente mas separadas de todo lo carnal y terreno, tanto mas gustan y se aprovechan de la lectura de este libro, hallando en él dulzuras y consolaciones inefables.

SALOMON ESCRIBIENDO.

Pero en cuanto al sentido literal, es siempre muy difícil su inteligencia. Porque primeramente, como observa muy bien el Mtro. Fr. Luis de Leon en su prólogo á este libro, se halla muy grande dificultad en todas aquellas escrituras, "á donde se explican algunas grandes pasiones ó afectos, mayormente de amor, que al parecer van las razones cortadas y desconcertadas; aunque á la verdad, entendido una vez el hilo de la pasion que mueven, responden maravillosamente á los afectos que explican, los cuales nacen unos de otros por natural concierto. Y la causa de parecer ansi cortadas es que en el ánimo enseñoreado de alguna vehemente pasion, no alcanza la lengua al corazon, ni se puede decir tanto como se siente; y aun eso que se puede, no se dice todo, sino á partes y cortadamente, unas veces el principio de la razon, y otras el fin sin el principio: que así como el que ama siente mucho lo que dice, ansi le parece que apuntándolo él, está por los demas entendido; y la pasion con su fuerza, y con encreible presteza le arrebata la lengua y corazon de un afecto en otro. Y de aquí son sus razones cortadas y llenas de oscuridad. Parecen tambien desconcertadas entre sí, porque responden al movimiento que hace la pasion en el ánimo del que las dice; la cual, quien no la siente, ó no vee, juzga mal dellas; como juzgaria por cosa de desvarío y de mal seso los meneos de los que bailan, el que viéndolos de lejos no percibiese el son á quien siguen. Lo cual es mucho de advertir en este libro, y en todos los semejantes.

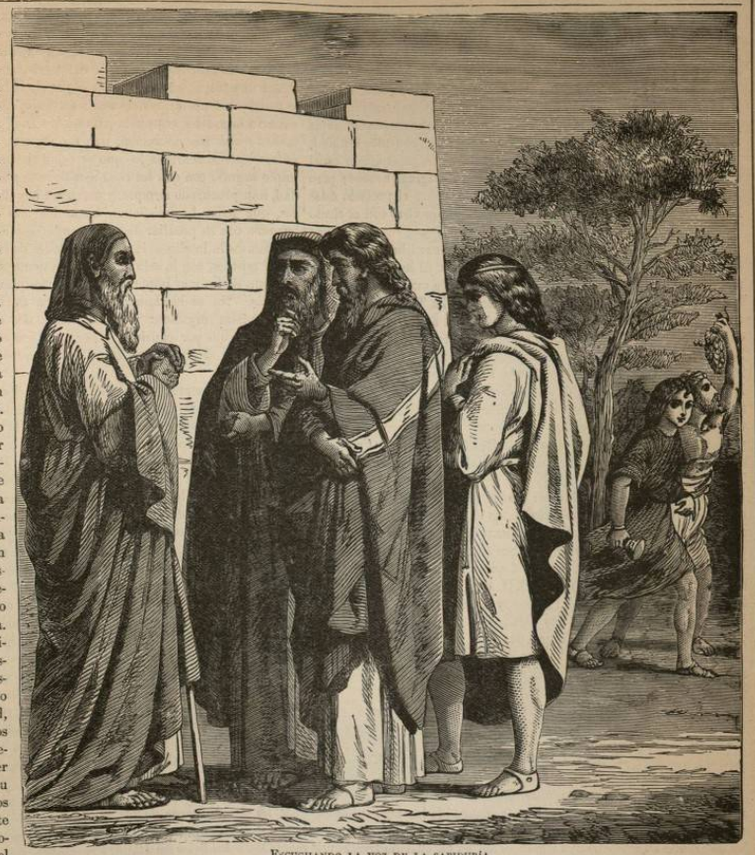
"Lo segundo que pone oscuridad (prosigue el citado Mtro. Leon) es ser la lengua hebrea, en que se escribió, de su propiedad y condicion lengua de pocas palabras, y de cortas razones, y esas llenas de diversidad de sentidos; y juntamente con esto, por ser el estilo y juicio de las cosas en aquel tiempo, y en aquella gente, tan diferente de lo que se platica agora. De donde nasce parecernos nuevas y extrañas, y fuera de todo buen primor, las comparaciones de que usa este libro, cuando el esposo ó la esposa quieren mas loar la belleza del otro: como cuando compara el cuello á una torre, y los dientes á un rebaño de ovejas y ansi otras semejantes. Como á la verdad cada lengua y cada gente tenga sus propiedades de hablar, adonde la costumbre usada y recibida hace que ser primor y gentileza, lo que en otra lengua y otras gentes paresciera muy tosco. Y así es de creer que todo esto, que agora por su novedad y por ser ageno de nuestro uso, nos desagrada, era todo el bien hablar, y toda la cortesanía de aquel tiempo entre aquella gente. Porque claro es que Salomon era no solamente muy sabio, sino rey, y hijo de rey; y que cuando no lo alcanzara por letras y por doctrina, por la crianza sola, y por el trato de su casa y corte, supiera hablar su lengua mejor y mas cortesanamente que otro ninguno." Hasta aquí el sabio Mtro. Leon: con cuyas oportunas advertencias y el espíritu de sólida é ilustrada piedad, con que debe leerse este divino libro, podrán sacar mucho fruto de su lectura las almas que abrasadas en amor divino, se acerquen á beber las aguas puras de esta cristalina fuente; á la que no pueden ni deben aplicar sus impuros labios los que sumidos en el cieno de sus pasiones, no piensan ni siguen otra cosa que la inmundicia de las obras de la carne.

[1] Matth. XXII. v. 2.—XXV. v. 1.—Apoc. XIX. v. 7. Etc.
[2] Bibl. d'Avignon, tom. VIII. p. 899.
[3] 2 Timoth. III. v. 16.

LIBRO DE LA SABIDURIA.

Este libro es llamado por los griegos la Sabiduría de Salomon, tal vez por creer que su autor sacó la doctrina que enseña de los libros que escribió aquel sabio rey. El uso que han hecho de varias sen-

tencias de este libro los Apóstoles, y particularmente san Pablo,[1] demuestra evidentemente su divina autoridad; la cual está atestiguada tambien por el consentimiento universal de los Padres de la Iglesia, entre los que bastará citar á san Justino mártir, Tertuliano, el concilio de Sárdica, Inocencio II, Gelasio, y san Agustin, quien con la tradicion constante de la Iglesia probó bien la autoridad de este libro, en su obra de la Predestinacion de los santos c. 14. El espíritu profético que brilla en el autor del libro de la Sabiduría, no solo sirve de edificacion á la Iglesia, sino que tambien confirma contra los judíos la mision divina de Jesu-Christo. Por eso no quieren reconocerle como Escritura canónica. Mas deberian explicarnos cómo un escritor á no ser inspirado por Dios, pudo escribir con claridad, á lo ménos dos siglos ántes, lo que el Mesías habia de padecer de los mismos de su nacion. Porque los que niegan que este libro sea obra de Salomon, suponen que el autor vivia cerca del tiempo de los Machábeos. En los ejemplares griegos, syriacos y árabes, este libro lleva siempre el nombre de Salomon; y á este le atribuyen Orígenes, Tertuliano y otros Padres, y tambien algunos Rabinos; los cuales creen que Salomon le escribió en lengua châldea, por cuya razon no se halla en el catálogo de las sagradas Escrituras que arregló Esdras. San Agustin y otros dudan que Salomon sea su autor; y creen que la semejanza de la doctrina de este libro con la del Ecclesiástico ha dado márgen para atribuirles á un mismo escritor sagrado.



ESCUCHANDO LA VOZ DE LA SABIDURÍA.

Pero sea lo que fuere de esto, es una temeridad inexcusable, ó un delirante orgullo negar la divina autoridad de este libro por causa de algunas expresiones oscuras ó difíciles de entender, que objetan ciertos hereges, y que notaremos en sus lugares respectivos. Observáronlas los santos Padres desde los primeros siglos, y con ellos toda la Iglesia, que reconoce en este y otros Libros sagrados varios pasages muy difíciles de entender; pero siempre los ha venerado como dictados por Dios, y ha adorado con humilde rendimiento cuanto encierran de difícil inteligencia.

[1] Matth. XII. v. 43.—Sap. III. v. 7.—1 Cor. VI. v. 2.—Sap. III. v. 8.—Hebr. XI. v. 5.—Sap. IV. v. 10.—Ephes. VI. v. 17.—Sap. V. v. 19. Ect., etc.

LIBRO DEL ECCLESIASTICO.

Así llamaron los latinos á este libro, que entre los griegos se conoce con el nombre de Sabiduría de Jesus, hijo de Sirac. Tal vez fue llamado Ecclesiástico, por el frecuente uso que se hacia de él en la Iglesia para la instruccion y edificacion de los fieles: ó á imi-

tacion del Ecclesiastés, por considerar al escritor de este libro como el predicador de toda buena y sana doctrina; por cuya razon tambien los griegos le llamaban el Panareto (esto es, discurso que abraza todas las virtudes) de Jesus, hijo de Sirac. El año 245 antes de Jesu-Christo, reinando en Egypto Ptholomeo Evergétes, hijo de Ptholomeo Filadelfo, se estableció allí Jesus, hijo de Sirac, judío de Jerusalem, y tradujo al griego este libro, que Jesus su abuelo habia compuesto en hebreo. Se escribió en tiempo del pontífice Onías I, cuyo hijo, Simon el Justo, segun le llama Josefo, es elogiado en el capítulo 50 de este libro. Se ha perdido el original hebreo; pero existia en tiempo de san Gerónimo, quien dice (en el prefacio á los libros de Salomon y en la carta 115) que le habia visto con el título de Parábolas.

Los judíos no le han puesto en el número de sus libros canónicos, ó porque el cánon de los Libros sagrados estaba ya hecho cuando se formó este libro del Ecclesiástico, ó porque habla mas claramente de lo que ellos quisieran, del misterio de la santísima Trinidad. Véanse cap. I. v. 5; XXIV. v. 5; LI. v. 14, etc. De aquí provendria que en algunas iglesias, compuestas de judíos convertidos, se leia este libro con edificacion de los fieles; mas sin reconocérsele como canónico. Pero ya Clemente Alejandrino y otros Padres de los primeros siglos le citan con el nombre de Escritura sagrada. San Cypriano, san Ambrosio, y san Agustin le tenian ya por canónico; y por tal fue declarado por los Concilios tercero de Cartago, cánon 47, y de Roma en tiempo del papa Gelasio, ademas del de Francfort del año 794, y del octavo de Toledo, y finalmente en el concilio de Trento.

Algunos críticos han dicho con mucha ligereza, que en la traduccion griega hay cosas que no estarian en el original hebreo, como la conclusion del capít. L. v. 27 y siguientes, y la oracion del último capítulo; pues el Jesus, autor del libro (dicen) vivia en Jerusalem, y no bajo la dominacion de un rey, á quien pudiesen acusarle. No han leido que (segun Josefo, libro XII. cap. I. de las Antigüedades) Ptholomeo I se apoderó de Jerusalem, y maltrató mucho á los judíos. En la version latina sí que hay algunas cosas, aunque de poca importancia, que no se leen en el griego.

Se acostumbra citar este libro con la abreviatura Eccli., para distinguirle del Ecclesiatés, que se cita con la de Eccles.

PROFECIAS.

Las profecías de Isaías, Jeremías, Baruch y Ezechiel, al paso que nos instruyen, y consolidan nuestra fe acerca de los mas sublimes misterios de nuestra santa Religion, presentan al lector muchos pasages de grande oscuridad, cuya significacion no ha querido Dios revelarnos todavía. Por lo mismo debemos leer, penetrados de un sumo respeto, aquellas expresiones enigmáticas con que nos habla el Señor por boca de sus Profetas, y humillar nuestro entendimiento en todo aquello que nos parezca ininteligible. Así lo hacia el príncipe entre los traductores y expositores sagrados san Gerónimo, y lo han hecho siempre todos los demas santos Padres y Doctores de la Iglesia, y los buenos cristianos en todos tiempos, esperando aquel dia feliz en que el Señor se dignará descorrer el velo con que tiene aun encubiertos á nuestra vista grandes sucesos y misterios.

Sumo respeto á la palabra de Dios, profundísima humildad de corazon, y una filial y entera sumision á la Iglesia nuestra madre, que es la única de quien podemos esperar la verdadera inteligencia de la Escritura de un modo infalible; tal ha de ser la disposicion de nuestro ánimo, si deseamos leer con fruto los sagrados libros de los Profetas, así como los demas de las santas Escrituras. Tengamos siempre muy presente, que al modo que acarrea la condenacion y muerte eterna á su alma aquel cristiano que recibe indignamente, ó abusa del sacratísimo cuerpo y sangre del Verbo encarnado, Jesu-Christo Señor nuestro, no obstante de ser el pan de vida eterna con que quiso y mandó que nos alimentásemos; así, segun decia san Agustin, nos causará la muerte eterna la palabra de Dios, si la recibimos ó usamos de ella sin discrecion, por un espíritu de vana curiosidad; muerte que se acarrean los que se dejan llevar de la absurda idea ó impío orgullo con que los enemigos de la revelacion, so color de piedad, han procurado siempre, y procuran hoy dia con grandes esfuerzos, que todos los cristianos, hasta los mas ignorantes é idiotas, busquen con su peculiar discernimiento ó espíritu privado en los Libros santos la inteligencia de las verdades de la Religion, y decidan por sí mismos, con la sola Biblia en la mano, sobre el genuino sentido aun de los mas importantes y oscuros pasages de las santas Escrituras. No es ciertamente la lectura de la Biblia, hecha con este espíritu orgulloso y anticristiano, sin consejo ni direccion alguna, y solo por capricho ó por pasatiempo, la que tanto recomiendan los santos Padres como un fecundísimo manantial de sólida piedad.

El lector observará, mas fácilmente en los libros proféticos, la gran dificultad que presenta la version literal de muchas expresiones metafóricas y frases peculiares de la lengua hebrea, que en aquellos antiquísimos tiempos eran muy usadas aun en el lenguage noble y culto de los reyes y de la gente principal. Pero es evidente que entre nosotros, ora por la diversidad de costumbres, ora por el diferente genio de las lenguas europeas, de ningun modo debe usarse en el dia de alguna que otra de las maneras de expresar los conceptos de que se servian con mucha propiedad, energía y decoro, cerca de tres mil años hace, los moradores de la Palestina, de la Syria, del Egypto y otros paises orientales. Por esta sola razon he creido que debia practicar lo mismo que hicieron varias veces los Setenta intérpretes en su version griega, y aun el antiguo autor de la latina Vulgata, y lo que han seguido haciendo despues los mas sabios traductores, los cuales, segun lo exige la variacion que con el tiempo sufre el significado literal ó metafórico de algunas voces en las lenguas vivas, especialmente en las actuales europeas, y la diversa índole de cada una de ellas, y de las naciones que las hablan; se han visto precisados á traducir alguna vez, con otra metáfora ó expresion, la frase hebrea de que usó el Escritor sagrado; pero siempre procurando conservar rigurosamente el mismo sentido literal del texto hebreo y de la version latina Vulgata.

Mas como en el escrupuloso exámen que por espacio de veinte años he debido hacer de las mejores traducciones de la Vulgata latina, he visto que aun la del Ilustrísimo Scio, y las que actualmente usan los fieles en Italia, Francia y otros paises católicos, son á mi juicio susceptibles de varias mejoras, ni están exentas de defectos; de aquí la íntima conviccion que justamente tengo de que esta version, que he trabajado, no carece tampoco de ellos, aunque haya conseguido el evitar algunos que he observado en dichas versiones. Y por esta razon he recibido con la mas dulce y sincera gratitud las observaciones que sobre los seis tomos publicados se han dignado remitirme algunos ilustrísimos señores obispos y varias personas de sólida sabiduría, y zelo verdaderamente cristiano. Lo que me anima á renovar aquí la súplica que tengo hecha repetidas veces á los lectores instruidos, de que se sirvan avisarme los descuidos ó faltas que adviertan, para poderlas corregir y notar en el apéndice que seguirá al tomo último, donde he ofrecido poner una fé de erratas general, y las correcciones ó mejoras que conozca que deben hacerse en varios lugares de esta version.

LOS PROFETAS.

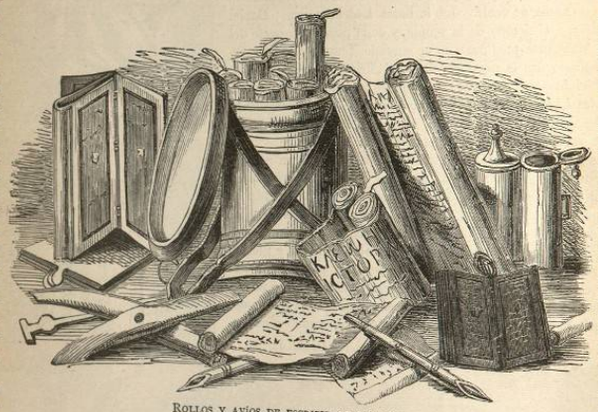
Es para nosotros, dijo el apóstol san Pedro,[1] despues de haber hablado del milagro de la Transfiguracion, mas firme que las cosas que se perciben por los sentidos, LA PALABRA DE LOS PROFETAS; á la cual haceis bien de atender, como á una antorcha que brilla en lugar tenebroso, hasta que el dia esclarezca, y el lucero nazca en vuestros corazones, viendo claramente á Dios. Y en efecto, los libros de los Profetas que fueron de tanto aprecio en la Synagoga, han sido siempre el consuelo de la Iglesia; pues no solamente nutren la piedad de los fieles, y fortalecen su fe, sino que bastan ellos solos para atraer á la verdadera Religion á los mas obstinados ó incrédulos, presentando las pruebas mas convincentes de su divinidad. En dichos libros se ven anunciadas las cosas venideras; las que únicamente pudo revelar aquel Señor que habló por los Profetas, como dice S. Pablo,[2] y que habló de una manera, que los que no oyen á Moysés y á los Profetas, decia Jesu-Christo, tampoco creerian, aun cuando alguno de los muertos resucitase para convencerlos.[3] Jacob, desde el lecho en que va á expirar, bendice á sus hijos, y al llegar á Judas, predice que no se quitará el cetro á su tribu hasta que venga el que es la esperanza de las naciones. Moysés, en las faldas del monte Nebo, anunció el Profeta grande que habia de venir. Job le llama Redentor vivo. Daniel con sus semanas designa el tiempo de la venida, y de la pasion y muerte del Mesías. Aggeo y Malachías predicen que el segundo Templo que se construye, ha de ser honrado con la presencia de Jesu-Christo, sacerdote eterno, segun el órden de Melchisedech.[4] Isaías nos habla de la supresion del antiguo sacerdocio. Jeremías de la abolicion de los sacrificios. Llega el nacimiento del Mesías, y el Señor nace de una Vírgen, como vaticinó Isaías, y en la pequeña Bethlehem, segun predijo Michêas, etc., etc.

Eran los Profetas como unos enviados extraordinarios de Dios para revelar alguna secreta disposicion y voluntad suya; para dar consejo en algun lance apurado, ó para intimar la ira de Dios, ó sus castigos contra los rebeldes y soberbios, á fin de que su pueblo volviese sobre sí, y se convirtiese de veras al Señor. Venian á ser, desde el principio del mundo, como unos encargados especiales de mantener el culto del verdadero Dios entre los hombres, y fueron despues como un refuerzo del ministerio de los sacerdotes y levitas, á los cuales habia establecido el Señor para atender peculiarmente á lo que pertenecia al culto divino, y á lo ceremonial del ministerio sagrado. Porque desde el principio del mundo acostumbró enviar Dios de cuando en cuando algunas

[1] 2 Pet. I. v. 19. [2] Heb. XI. v. 35. [3] Luc. XVI. v. 31. [4] Agg. II. v. 8.—Malach. III. v. 1.

personas extraordinarias, sin distincion de linage, de profesion, de calidad, ni aun de sexo, á las cuales dotaba de un conocimiento sobrenatural de sus secretos, por medio de las revelaciones que les hacia de ellos. Como tales pueden reputarse Henoch, Noé, Abraham, Isaac, Jacob, Joseph, Moysés, Aaron, María su hermana, Débora, Samuel, David, Gad, Nathan, Salomon, Addo, Ahías, Hanani, Azarías, Jehú, Elías, Eliseo, Michêas de Jemla, etc. A mas de estos tenemos en el Antiguo Testamento los escritos de otros diez y seis Profetas, que son los cuatro que suelen llamarse Profetas mayores, es á saber, Isaías, Jeremías y su discípulo Baruch, Ezechiel y Daniel, y los otros doce llamados comunmente Profetas menores, que son, Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Michêas, Nahúm, Abacuc, Sophonías, Aggeo, Zachârías y Malachias.

Mas es necesario tener presente que el nombre de Profeta no siempre significa en la sagrada Escritura el hombre que por inspiracion divina predice lo venidero. Confundiendo sus diferentes significaciones, suelen presentar los incrédulos el oficio de Profeta como un arte que se aprendia, como los demas; á cuyo fin, dicen, habia escuelas y colegios de Profetas entre los judíos, como se lee en la misma Escritura: arte (añaden) que conocian tambien las otras naciones. Con esto, distinguiendo las varias acepciones del nombre Profeta, se responde tácitamente á los frívolos argumentos de los enemigos de la Religion que, á falta de razones sólidas, echan mano de sofismas propuestos con cierta sal y agudeza para fascinar á los sencillos é incautos lectores. En la Escritura, pues, se llama Profeta:



Rollos y avíos de escribir de los antiguos.

1.° El hombre dotado de conocimientos superiores en cosas divinas ó humanas; que por eso se los llamó desde el principio veyente, ú hombre que ve, hombre ilustrado, etc. En este sentido san Pablo llamó Profeta de los cretenses á uno de esta nacion que habia descrito bien el carácter de ella,[1] y llamó don de profecía á los conocimientos superiores que daba Dios á algunos cristianos para instruir y edificar á los demas; don que prefirió al de hablar varias lenguas.[2] Cuando dijo nuestro Señor Jesu-Christo, que ningun Profeta dejaba de verse honrado sino en su propia patria, puede tomarse en el mismo sentido.

2.° A veces se daba el nombre de Profeta al que manifestaba algun conocimiento de cosas ocultas, ó presentes ó venideras: así Samuel hizo conocer á Saúl que las asnas que estaban perdidas, se habian hallado; y en este sentido los soldados que atormentaban á Jesus, le decian: Profetiza quién es el que te ha herido.

3.° Tambien se llamaba Profeta aquel hombre á quien Dios hacia hablar, aun sin que entendiera el sentido de lo que hablaba: por eso san Juan dice de Caiphás, que profetizó ser conveniente que un hombre muriese por la salud del pueblo,[3] y el historiador Josepho llama Profetas, esto es, inspirados, á los autores de los trece primeros libros de la Escritura.

4.° Llamábase Profeta el que hablaba en nombre de otro: y así dijo Dios á Moysés: Tu hermano Aaron será tu profeta, él hablará por tí: y en Jeremías[4] se llama profecía la embajada que llevó Saraías. San Estéban echó en rostro á los judíos el que hubiesen perseguido á todos los Profetas, ó á todos los que les hablaban en nombre de Dios. En este sentido fueron profetas Nathan al reprender á David por sus pecados, y san Juan Bautista cuando increpaba á Heródes.

5.° Profetas se llamaban asimismo los que componian ó cantaban himnos de alabanza á Dios con una energía ó entusiasmo que parecia sobrenatural. Saúl se unió á una multitud de estos cantores, y la gente se admiraba de verle en medio de los Profetas,[5] y cuando en un rapto de melancolía cantaba en su palacio, dice el historiador sagrado, que profetizaba.[6] Lo mismo se dice de David, de Asaph, etc., y aun los jóvenes á quienes se ejercitaba en esto, eran llamados los hijos de los Profetas.[7]

6.° Este nombre se aplicaba tambien á todo el que obraba alguna maravilla ó milagro: así leemos en el cap. 48 del Ecclesiástico, que el cadáver de Eliseo profetizó; y por eso los judíos, al ver los milagros de Jesu-Christo, decian: Un gran Profeta se ha levantado entre nosotros, y Dios ha visitado á su pueblo.[8]

7.° Finalmente, en el sentido propio, Profeta es aquel hombre á quien ha revelado Dios cosas futuras, que no puede prever toda la sabiduría humana, y ha mandado anunciarlas á los hombres; y este don de Dios es una señal cierta de la mision divina. En este último y mas propio sentido llamamos Profetas á Isaías, Jeremías, Ezechiel, Daniel, etc., y sus profecías componen una parte muy principal del Antiguo Testamento.

La multitud de profetas falsos que ha habido, prueba que siempre se ha creido que Dios ha revelado algunas veces á los hombres las cosas venideras, aunque haya habido varios que se han arrogado falsamente este nombre, abusando de la credulidad del vulgo.

El que ahora no conceda el Señor tan á menudo el don de profecía, nada prueba sino que este y demas dones extraordinarios de hacer milagros, de hablar lenguas, etc., los concede el Señor cómo y cuándo mejor le parece, para bien de la Iglesia.

[1] Tit. I. v. 12.
[2] 1 Cor. XIV. v. 6.
[3] Joann. XI. v. 51.
[4] Cap. LI. v. 59.
[5] 1 Reg. X. v. 6.
[6] 1 Reg. XVIII. v. 10.
[7] 4 Reg. II. v. 5.
[8] Luc. XVI. v. 7.

Isaías anunciando á Ezechías su próxima muerte.

PROFECIA DE ISAIAS.

Es el primero de los cuatro Profetas que se llaman mayores. Fue hijo de Amós, de la familia real de David. Profetizó en los reinados de Ozías, Joathan, Acház y Ezechías, cerca de ochocientos años antes de Christo; ó, segun la chronología mas probable, desde el año 785 hasta el 721 antes de Jesu-Christo. Es constante tradicion de los judíos, apoyada por san Gerónimo, san Agustin y muchos Padres antiguos, que el impío rey Manassés, su pariente y cuñado, que sucedió á Ezechías, le quitó la vida, haciéndole aserrar por medio del cuerpo, siendo ya Isaías de edad de cien años.

El principal objeto de sus profecías es el echar en rostro á los habitantes del reino de Judá y Jerusalem sus infidelidades, anunciarles el castigo de Dios que les vendria, primero por el ejército de los asyrios en el reinado de Sennachérib, y despues por el de los châldeos en el reinado de Nabuchôdonosor. Les profetiza que este rey se los llevará cautivos, y destruirá á Jerusalem y su Templo. Les predice que despues, en el reinado de Cyro (que nombra expresamente), volverán á su patria: que será reedificada Jerusalem y el Templo; y que las dos casas ó reinos de Israél y de Judá volverán á formar un solo pueblo.

Pero entre estas profecías hay algunas que no pueden aplicarse á los sucesos que acontecieron despues de la vuelta del cautiverio, y es preciso entenderlas de la venida de Jesu-Christo y del establecimiento de su Iglesia, y de lo que habia de suceder en ella. Isaias habla tan clara y puntualmente de Jesu-Christo y de su Iglesia, que mas parece Evangelista que Profeta, como dice san Gerónimo. Así es que el mismo divino Salvador se aplicó á sí mismo muchas profecías de Isaías, y vemos que los Evangelistas y Apóstoles citan varias veces el cumplimiento de ellas en Jesu-Christo. Es muy admirable el anuncio de que el Mesías naceria de una Vírgen;[1] y lo que dice en el cap. LIII sobre la pasion de Jesus.

Isaías es tenido por el Profeta mas elocuente: su lenguage es conforme á la nobleza de la régia estirpe de que descendia: grande y elevado, y de fuertes y vivas expresiones. Grocio le compara á Demósthenes tanto en la pureza como en la vehemencia del estilo. No hay Profeta citado con mas frecuencia en los libros del Nuevo Testamento.

[1] Cap. VII. v. 14.

PROFECIA DE JEREMIAS.

Jeremías, el segundo de los Profetas llamados mayores, fue de estirpe sacerdotal, hijo del sacerdote Helcías, natural de Anatoth, cerca de Jerusalem. Comenzó á profetizar desde que tenia unos veinte años, y continuó por espacio de cuarenta y cinco; desde el año 13 del reinado de Josías, hasta el quinto despues de la ruina de Jerusalem, esto es, desde el 3375 del mundo y 629 antes de Jesu-Christo, segun la chrónica de Userio. Sus profecías se dirigieron no solamente contra los judíos, sino tambien contra el Egypto, la Idumea, los philisteos, los ammonitas, los moabitas, babylonios, etc.; pero su objeto principal fue exhortar á su pueblo á la penitencia, anunciándole los castigos que le enviaria el Señor. Despues del breve reinado de Jechónías, trasportada cautiva á Babylonia la mayor parte del pueblo con su rey, no cesó Jeremías, reinando Sedecías el último rey, de exhortar á penitencia á los restos del pueblo judáico que habian quedado en el pais, intimándoles la destruccion de la ciudad, y asimismo del Templo, en el cual fundaban sus necias y vanas esperanzas los judíos carnales. Tomada finalmente la ciudad por Nabuchôdonosor, fue puesto Jeremías en libertad; pero quiso quedarse en Jerusalem para consolar á los pocos judíos que quedaban allí. A poco tiempo Ismael, príncipe de la sangre real, hizo matar á Godolías, á quien los châldeos habian dejado por gobernador de la Judea. Entónces los judíos, temerosos de la venganza de los châldeos, quisieron ir á buscar un asilo en Egypto, no obstante que Jeremías les disuadia de ello, prometiéndoles en nombre de Dios la seguridad y la paz, si se quebaban en Judea. A pesar de eso, obstinados, se huyeron á Egypto, llevándose consigo á Jeremías y á su fiel discípulo Baruch. Allí no cesó Jeremías de vaticinar las terribles calamidades con que Dios iba á castigar á los egypcios, y en las cuales quedarian envueltos los judíos, pues que sus costumbres aun iban de mal en peor. Segun la constante tradicion de la Synagoga, seguida por S. Gerónimo, Tertuliano, y generalmente por los expositores sagrados, murió Jeremías en Táphnis, ciudad principal de Egypto, apedreado por los mismos judíos.

Es comun sentir entre los Padres de la Iglesia que Jeremías vivió y murió vírgen; lo que parece denotarse en el cap. XVI. v. 2; ejemplo muy singular en aquellos tiempos. Pero la principal divisa de este gran Profeta es una tiernísima caridad para con sus prójimos; caridad llena de compasion por sus males no solamente espirituales, sino tambien temporales: caridad que no le permitia ningun reposo; y así es que en medio del tumulto de la guerra, en medio del desconcierto del reino, el cual se iba arruinando, y en el sitio de Jerusalem, durante la misma mortandad del pueblo, trabajó siempre con mucho ardor en la salud de sus conciudadanos: por cuya razon se le dió el hermoso renombre de Amante de sus hermanos y del pueblo de Israél.[1]

El libro de las Lamentaciones, que llamamos tambien Threnos como los griegos, es un insigne poema sagrado, lleno de los mas tiernos afectos con que llora el Profeta la destruccion de la santa ciudad, la ruina del Templo del verdadero Dios, Templo que era la maravilla del mundo; y lamenta la extrema miseria del pueblo del Señor y su esclavitud. Siempre que leo estas Lamentaciones, decia S. Gregorio Nazianzeno, se me añuda la lengua, se me saltan las lágrimas, y se me representa delante de los ojos aquella ruina; y al llanto del Profeta, lloro yo tambien. Los dolores y gemidos de Jeremías figuraban los de nuestro Señor Jesu-Christo; el cual, en medio de sus acerbísimos dolores é ignominias, exhortaba al pueblo de Jerusalem á llorar la última ruina de la ciudad y del Templo. Pueden tambien en otro sentido considerarse los Threnos como el gemido de la paloma, esto es, de la Iglesia esposa de Jesu-Christo, oprimida no tanto de los enemigos externos, como de las depravadas costumbres y escándalos de sus propios hijos; y así es que el autor del libro De Planctu Ecclesiæ, se vale de los Threnos para llorar los pecados de los fieles, y del clero secular y regular. Escribió Jeremías en hebreo estas Lamentaciones; y de tal modo que comenzó el primer verso con una palabra, cuya primera letra es la primera del alfabeto; el segundo verso con la segunda letra, y así los siguientes, hasta concluir el abecedario hebreo: pero en el cap. III. comienza los tres primeros versos con la primera letra, y sigue así el número ternario hasta concluir las letras. De aquí provino el haber comenzado alguno á poner en las Biblias latinas, al principio de cada verso, todo el nombre de la letra hebrea con que comienza el verso en el original hebreo.

Uno de los incrédulos del siglo pasado hace burla de Jeremías porque se puso encima un yugo, y se ató á sí mismo con cadenas, para expresar á los judíos el cautiverio á que serian llevados en castigo de sus pecados.[2] Si esta manera de expresar con viveza los conceptos es una señal de locura, es menester que aquel necio y delirante incrédulo condene como insensatas á todas las naciones orientales, las cuales siempre han acostumbrado pintar con acciones aquellos objetos con que quieren mover fuertemente la imaginacion de sus oyentes.

Asimismo, si en Jeremías se hallan repetidas unas mismas cosas, repeticion que ofende la delicadeza de algunos inconsiderados lectores; sepan estos que proviene de la dureza inflexible del pueblo hebreo, y del admirable zelo y paciencia del Profeta.

Cetros antiguos.

PROFECIA DE BARUCH.

De Baruch se hace mencion muchas veces en el libro de Jeremías, de cuyo Profeta fue amantísimo discípulo, y compañero inseparable. Nació de una familia muy principal entre los judíos; y vemos que á su hermano Saraías se le llama príncipe.[3] Dictando Jeremías, escribió Baruch en un libro todas las profecías de dicho Profeta, las cuales leyó despues delante del pueblo, y del mismo rey. Siguió á Jeremías su maestro á Egypto; y despues pasó á Babylonia para manifestar á sus hermanos cautivos las profecías de Jeremías.

El libro de Baruch no se halla ya en hebreo; pero la version griega es antiquísima, y conserva aun todas las señales de que el original es hebreo. Fue siempre respetado como libro canónico; y si algunos Padres no hicieron expresa mencion de él en el catálogo de los Libros sagrados, es porque muchas veces se ha contado como parte de las profecías de Jeremías, bajo cuyo nombre solian citarse antiguamente los textos de Baruch, como observó ya S. Agustin.[4] Pudo contribuir á que se confundiese con el libro de Jeremías su maestro el haber sido amanuense de este Profeta, y el que teniendo solamente seis capítulos, el sexto es una carta de Jeremías. Finalmente en el concilio de Florencia, y por último en el de Trento, fue conservado el libro de Baruch en el cánon de las Escrituras divinas, contra lo que temerariamente pretendian algunos hereges.

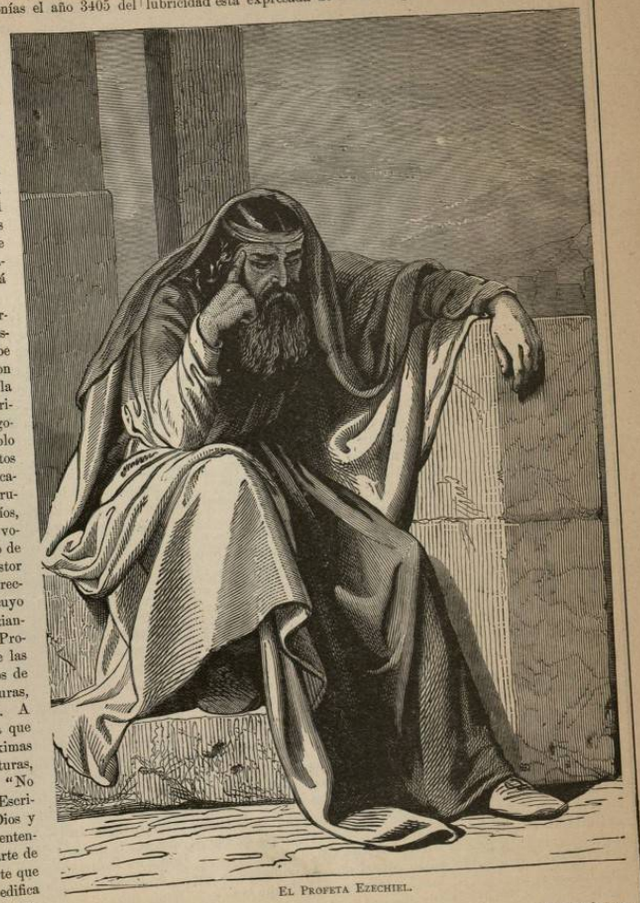
[1] 2 Mach. XV. v. 14.
[2] Jerem. LI. v. 61.
[3] Jerem. XXVII. v. 2.
[4] De Civit. Dei lib XVIII. cap. 33.

PROFECIA DE EZECHIEL.

Ezechiel es el tercero de los cuatro Profetas llamados mayores. Fue de la estirpe sacerdotal, hijo de Buzi. Nabuchôdonosor le llevó cautivo á Babylonia con el rey Jechónías el año 3405 del mundo, y 599 antes de Jesu-Christo. Le concedió el Señor el don de profecía para consolar á sus hermanos, en cuyo ministerio continuó por espacio de veinte años, al mismo tiempo que Jeremías profetizaba en Jerusalem: y tuvo la gloria de morir mártir de la justicia, como se lee en el Martyrologio romano, á 10 de abril, con estas palabras: Memoria de Ezechiel Profeta, el cual cerca de Babylonia fue muerto por el príncipe de su pueblo, porque le reprendia por causa del culto que tributaba á los simulacros (de los ídolos). Fue sepultado en el monumento de Sem y de Arphaxad, progenitores de Abraham, á donde solian concurrir muchos á orar.

Sus profecías son muy oscuras, mayormente al principio y al fin del libro. Despues de haber insinuado su vocacion, describe la toma de Jerusalem por los châldeos con todas las horrorosas circunstancias que la acompañaron, la cautividad de las diez tribus, la de la tribu de Judá, y todos los rigores de la divina venganza contra su pueblo infiel. En seguida le presenta á este objetos de consuelo, prometiéndole que Dios le sacaria de la cautividad, y restableceria á Jerusalem y su Templo, y el reino de los judíos, figura del reino del Mesías; y predice la vocacion de los gentiles, y el establecimiento de la Iglesia, y el reino del supremo pastor Jesu-Christo, de cuyo bautismo y resurreccion habla de un modo misterioso; por cuyo motivo es llamado por S. Gregorio Nazianzeno, el máximo y sublimísimo entre los Profetas; y por S. Gerónimo, el Océano de las Escrituras, y el laberinto de los misterios de Dios, por la suma dificultad de las figuras, símbolos y enigmas con que se explica. A este fin se ha de tener presente la regla que nos dió S. Agustin. Véanse las Máximas para leer con fruto las santas Escrituras, puestas al fin del Nuevo Testamento. "No siendo el fin y el cumplimiento de las Escrituras, sino la doble caridad (amor á Dios y al prójimo), cualquiera que cree haber entendido las divinas Escrituras ó alguna parte de ellas; pero que las entiende de tal suerte que con esa inteligencia que tiene, no edifica aquella doble caridad, todavía no las ha entendido bien: al contrario, aquel que saca de ellas tales sentimientos que son útiles para nutrir y fortalecer dicha caridad, aunque acaso no haya comprendido el verdadero sentido que tuvo en su mente en aquel texto el Escritor sagrado, ni se engaña para daño suyo, ni cae absolutamente en mentira."[1]

Los incrédulos suelen ridiculizar este libro por varias expresiones de que usa Ezechiel, que serian impropias en las lenguas y costumbres de Europa; pero no lo son entre los orientales, mayormente de aquellos tiempos. En los capítulos XVI y XXIII pinta la idolatría de Jerusalem bajo la alegoría de dos mugeres prostitutas, cuya lubricidad está expresada de un modo que ahora les parece á algunos, á primera vista, demasiado chocante. Pero no se ha de juzgar de las costumbres de los antiguos por las que reinan entre nosotros. En los pueblos de costumbres sencillas y puras, el modo de hablar es tambien mas sencillo y ménos culto que en las poblaciones mas viciosas; en las cuales, por lo mismo que hay mas corrupcion de costumbres, suele ser mas comedido y disimulado el lenguage de las



El Profeta Ezechiel.

[1] De Doctr. Christ. lib. I. cap. 35, 36.